



El Infinito es quien te coge de la mano

D. R. Jirgensons



había fallecido hacía más de diez años. Yo le echaba de menos aunque le sentía cercano. Se había marchado, pero estaba todavía conmigo. Especialmente durante mis meditaciones y mis sueños, sentía como si nunca se hubiera marchado. Durante más de veinticinco años había sido mi padre, mi amigo, mi maestro, la cara terrenal de mi Amado. De él aprendí acerca del amor incondicional, acerca de las payasadas del ego, acerca de la inflexible simplicidad de simplemente ser, acerca de la alegría de ser capaz de reírse de las debilidades de la vida. La mayor lección que me enseñó fue tal vez que el amor de un maestro puede ser delicado y tierno y, al mismo tiempo, severo y temible, mientras arranca de la mente del discípulo las infecciones del ego.

Desde que abandonó este plano, me había visitado a menudo en sueños, especialmente durante los primeros años, dándome guía y apoyo en mi camino. Luego, los sueños se hicieron menos frecuentes. Comencé a anhelar la guía, sentía que la necesitaba.

Aunque menos frecuentemente ya, algunas visitas inesperadas por su parte bendicen todavía de vez en cuando mis horas de sueño. La otra noche tuvo lugar una de esas visitas. Apareció en medio de una gran muchedum-

bre. Todos sabíamos que él ya no se contaba entre los vivos, pero entendimos que se las había arreglado para realizar una corta visita a este plano de la existencia. Esto ya había ocurrido antes: me había visitado en sueños y, mientras soñaba, me había dado cuenta de que él estaba al mismo tiempo en este plano terrestre y más allá de él.

En este sueño más reciente, me hizo señas para que me sentara detrás de él, en una de las tres sillas colocadas allí. El resto de la gente estaba enfrente de él. Me senté en una de esas sillas, sintiéndome humilde y bendecido. No ocurría gran cosa. Simplemente estábamos sentados allí y charlábamos, pero la sensación de amor devorador que emanaba de él me emocionaba en lo más profundo. (Y esa sensación permaneció en mis horas de vigilia durante buena parte del día siguiente).

Así estuvimos sentados durante algún tiempo. Sonrió. Me di cuenta de que había un espacio entre sus incisivos.

Me quedé desconcertado: «¡Pero esta no es su sonrisa! Esa es la sonrisa de...!».

Sí. Un maestro se había metamorfoseado en otro; un maestro vedanta se había transformado en otro sufí. Uno era de la India, el otro de Persia. Uno estaba dedi-





Detalle de *La vuelta del Sol*
Odd Nerdrum, 1986

cado al camino del conocimiento, el otro al camino de la devoción. Y sin embargo el mismo amor, la misma alegría efervescente bañaba su ser; a simple vista, sólo había una sonrisa diferente.

Más o menos una semana antes de que pisara la senda sufi, recibí en mi buzón de correo electrónico un mensaje que venía de un remitente poco habitual. Era una simple cita de un estimado maestro de vedanta, el *guru-bhai* (hermano de iniciación) de mi primer maestro. (Por si acaso no lo entendía, el mensaje llegó dos veces, separado por un intervalo de dos días):

Es la llamada de Dios al hombre lo que le lleva a este bendito camino espiritual.

El que te ha llamado continuará llamándote, continuará mostrándote el camino cuando estés en la duda y la confusión, porque el gurú nunca abandona al alma a la que ha llamado.

Y cuando el gurú deja la forma física, se funde con el Infinito.

Y entonces el Infinito es quien te coge de la mano.

Este fue sólo uno de los varios signos que llegaron a mi camino mientras yo pensaba qué hacer, tras haber llegado a una encrucijada que tenía varias señales entre las que pensaba que debía elegir. Una decía «Sufí»; otra decía «Vedanta»; una tercera decía «Budismo tibetano»; una cuarta decía «Destino desconocido». Parecía como si cada una apuntara a una dirección diferente. ¿Qué iba a hacer? ¿Emprender el camino sufi? ¿Mantenerme en el camino en el que estaba? Si seguía el camino sufi, ¿sería desleal a lo que había pasado antes?

¿Y qué decir sobre las aparentes contradicciones? Durante muchos años, había aprendido a levantarme temprano para meditar. Ahora participaba en la práctica sufi de las meditaciones devocionales interiores a cualquier hora. En mis meditaciones anteriores, me sentaba tieso como un palo; ahora, una y otra vez, me encontraba doblando la espalda en devota oración. Y sin embargo, a pesar de la confusión superficial de la

Mientras busques la perla de la mina, mina eres.

Mientras el pan deseas, pan eres.

Cuando comprendas esta sutileza,

verás que cualquier cosa que busques, eso eres.

—*Robāyāt* de Rumi

—Traducido por José María Bermejo

mente racional, el corazón continuaba repitiendo: «¡Sí, sí!».

La senda que conduce a la Verdad es sólo una.

«¿Por qué tantos desvíos?»,
le pregunté al anciano, y él me contestó:
«Porque se van detrás del color y el olor».

(Nurbakhsh 2001, p. 52)

Fueron las primeras palabras que leí de los poemas del maestro Nurbakhsh en la revista *Sufi* que había comenzado la bendita labor de abrirme el corazón haciéndolo estallar. De hecho, cuando las leí por primera vez, me sentí delirante, ebrio y ligeramente loco. Y después, durante mi primera sesión de *samā'*, la tarea quedó completada después de escuchar estas palabras:

En mil pedazos quedó roto el manto remendado que aquí, en tu vecindad, con alfileres de pasión yo había cosido.

(ibíd., p. 121)

Sentí cómo el manto de mi mente se rompió también en dos, si bien no todavía en mil pedazos. Esa noche, el corazón había tomado su decisión; la mente racional sólo tenía ahora que darle alcance.

Y eso hizo, o pensé que lo hizo. Pensé que mi pequeña mente egocéntrica estaba tomando la gran decisión. Sin embargo, una vez que comencé a caminar por la senda sufi hacia el rostro sonriente, bañado

por el amor y con huecos entre los dientes que me llamaba por señas en mi sueño, me percaté de que en realidad nunca había tenido elección. Dios había elegido por mí. Me había llevado a esta coyuntura.

De nada sirven ya las sutilezas de la mente; roto por el amor,

el corazón ya no podrá volver a unirse.

(ibíd., p. 64)

Las lecciones de ayer continúan hoy, pero a un ritmo más rápido que antes. Mientras antes veía a mi guía espiritual solamente unas pocas semanas cada año, ahora tengo la bendición de asistir semanalmente a nuestro *jānaqāh* local. Me administran una medicina dulce un día, una pócima amarga al día siguiente. Ambos son dones suyos, para preparar el camino hacia la aniquilación en el Uno. Nuestra única tarea es someternos al deseo del Amado.

Aquí estamos nosotros, a la puerta de la taberna, ¿qué deseará el Amigo? Aquí esperamos con todo el corazón, ¿qué querrá el Dueño de los corazones?

(ibíd., p. 94)

A medida que camino por esta senda elegida para mí, continuo aprendiendo cómo las diferencias aparentes se resuelven en el Uno. En el camino del conocimiento, conocido como *jñāna yoga* en la tradición vedanta, el conocimiento puro se

funde en el Amor cuando alcanza su culminación en el calor blanco de la meditación. En el camino de la devoción, el amor se funde con el Conocimiento divino cuando el amante se disuelve en el Amado. Porque ¿cómo se puede conocer plenamente al Amado sin amarlo? Y ¿cómo se puede amar al Amado sin conocerlo?

Aunque el camino de mi primer maestro era el del conocimiento, sus palabras nunca fueron para mí simples palabras. Cada palabra cobraba vida a través del propio ser del maestro y tocaba el corazón de sus oyentes. Incluso así, sus palabras eran meras «señales hacia la Verdad», porque mi maestro sabía muy bien que la Verdad, Dios, el Infinito jamás podría explicarse dentro de los estrechos límites de la palabra humana. Para ayudarnos a entender esto, nos contó esta historia:

Es mediodía en un día brillante y soleado. El cielo tiene un color azul muy, muy pálido. Un maestro y su alumno están de pie cerca de una arboleda, disfrutando del sol de mediodía. El maestro hace señas al estudiante:

«¡Mira! ¿Ves la esbelta forma de la luna nueva? ¡Qué bella es!».

El alumno mira hacia arriba, forzando sus ojos, pero la pequeñísima parte visible de la luna resulta muy pálida sobre el cielo iluminado por el sol, y confiesa: «No, no la veo».

Dice entonces el maestro, apuntando en dirección a la arboleda: «Bueno, sigue mi dedo. ¿Ves el arce grande en el lado derecho de la arboleda?».

«Sí».

«Ahora, fija tu mirada en la tercera rama grande contando desde abajo en la parte derecha del árbol. ¿La ves?».

«Sí, creo que sí».

«Muy bien. Ahora, continúa siguiendo mi dedo. Mira donde apunta a un pájaro sentado en una de las ramas pequeñas que se extienden a la derecha de la rama principal. ¿Lo ves?».

La excitación del alumno va en aumento: «¡Sí, lo veo!».

Continúa el maestro: «Ahora, libera tu mirada de mi dedo y del pájaro, de la rama y del árbol y lánzala hacia el

vasto cielo. ¡Allí verás la lunar!».

Las palabras de las Escrituras, las palabras de un maestro, todas aquellas palabras que intentan conducirte a lo Divino son sólo señales en la dirección del Amado. Así como el dedo que apunta no es la luna, así también todas las palabras sobre Dios sólo pueden apuntar hacia Él, pero nunca capturarlo. Para encontrarlo finalmente, tienes que abandonar todas las señales, todos los sistemas de apoyo y teóricos, todas las capas múltiples y variadas de la ilusión, abandonar todo lo que crees que sabes y después saltar al vacío. Las palabras —conocimiento— pueden hacerte recorrer una cierta distancia en la dirección del umbral del Amor pero, para cruzar ese umbral, deben dejarse atrás todas las palabras. Si lo consigues, te disuelves en el silencio —te hundes en la maravilla extática.

Hāfez de Shirāz (nacido en 1326) dice:

*Dejemos de leer sobre Dios,
nunca lo entenderemos.
¡Salta, agita tus puños,
amenaza y advierte a todo el universo
que tu corazón ya no puede vivir
sin auténtico amor!*

(Ladinsky 1996, p. 71)

Aquellos que viajan en la senda de la devoción parecen comenzar su viaje en un camino diferente que los buscadores del conocimiento, pero ambos caminos se funden en uno a medida que se acercan a su destino. Cuando el anhelo y la angustia del enamorado se resuelven finalmente en la unión, siente que ha llegado a casa. Todo anhelo se disuelve en el Uno. El enamorado toma conocimiento de esto como la única Verdad existente. Es un conocimiento más allá de la palabra, del pensamiento y de los conceptos.

En palabras del Dr. Javad Nurbakhsh: «... la perfección del amor divino se manifiesta como el intelecto universal; la perfección del amor es lo mismo que el intelecto universal».

La razón dice: «Sólo existen seis dimensiones, y más allá de ellas no hay nada».

El amor contesta: «Existe otra vía y yo he ido allá muchas veces».

(Nurbakhsh, 2001, p. 37)

En unión con el Amado, el conocimiento temporal se transforma en conocimiento divino; y el amor temporal, en amor divino. El primero, el temporal, es limitado; el segundo es «otra vía» más allá de todos los límites humanos.

En mi propio viaje he aprendido que el Amado puede visitarnos de muchas formas, pero el Amado es sólo uno, de la misma manera que no existe más que una luz, aunque mana de cada lámpara de forma única. Yalāl-ol Din Rumi (nacido en 1207), el elocuente portavoz de lo indescriptible, dice esto muy bien y sigue siendo un guía querido en mi camino, que han iluminado, muy afortunadamente, varias lámparas brillantes a lo largo de él; el Infinito me ha cogido de la mano, todo el tiempo, lo supiera yo o no.

*Las lámparas son diferentes,
pero la luz es la misma...
Algo, una energía, una luz,
una mente iluminada,
manando sin fin de todas las cosas,
un diamante que gira y abrasa.
Uno, uno, uno.
Rebájate, despójate
en el silencio ciego y amoroso.
Permanece ahí, hasta que veas
que estás mirando la luz
con sus propios ojos intemporales.*
(Harvey 1994, p. 138)



Referencias

—Harvey, A. 1994. *The Way of Passion: A Celebration of Rumi*. Berkeley, California: Frog, Ltd.

—Ladinsky, D. 1996. *I Heard God Laughing: Renderings of Hafiz*. Walnut Creek, California: Sufism Reoriented.

—Nurbakhsh, J. 2001. *Divan de poesía Sufí*. Madrid: Editorial Trotta.

—Nurbakhsh, J. 2001. *En la taberna, paraíso del sufí*. Madrid: Editorial Nur .